

27.- "Benignidad".

Verdaderamente es justo y bueno,
es nuestra dignidad de hombres y mujeres
y nuestro gozo de creyentes, darte gracias,
Dios Padre nuestro, porque te presentas a nosotros
como un Dios de amor y de misericordia.

Nadie te conoce si Tú no te revelas a él
y sólo el que te reconoce sabe lo que es tu ternura.

Eres infinitamente grande,
pero no estás infinitamente lejos;
eres el más próximo y cercano.

Cuando estamos perdidos, caídos o angustiados,
no nos muestras tu poder
sino la humanidad, la benignidad y la debilidad de tu Hijo:
con Él te dejas, sobre la cruz, arrojar al mundo.

En Él nos das ayuda, no por medio de tu fuerza,
sino por medio de tu sufrimiento.
Por Él nos liberas, nos abres a la esperanza
y nos llenas de dignidad y de verdadera alegría.

Seamos jóvenes o ancianos, sanos o enfermos,
solos o acompañados,
nos arrojamos completamente en tus brazos
para poder vivir en plenitud nuestras tareas temporales.

¿Cómo vamos a perdernos en el fracaso
si superamos en compañía de tu Hijo la prueba del desierto?
¿Cómo nos vamos a envanecer arrogantemente por los éxitos
si llevamos con el Salvador la cruz de nuestros pecados?

Por eso nosotros, que marchamos por los caminos del mundo
en comunión con los que nos precedieron,
cuya vida estuvo iluminada por tu presencia,
cantamos agradecidos por tus venidas incesantes hasta nosotros
diciendo: **SANTO...**

Bendito sea el que vino en una primera navidad.

Bendito el que viene sacramentalmente,
aquí y ahora, para nosotros.
Bendito el que nos ha llamado a todos los pueblos
para conducirnos al encuentro mutuo
y formar con nosotros su Iglesia.
Bendito el que un día vendrá en gloria,
vencedor del mal y de la muerte.

Él ha vivido su vida, más que nadie,
al servicio de tu Reino de paz.
Más aún, Él ha venido a ser la paz de todos nosotros.
Nos ha arrancado de la mano las armas del odio y de la violencia, pues su fuerza
es la dulzura y la bondad.

Nos enseñó a poner en común todo aquello que la vida nos regala;
Él nos lo mostró, cuando la noche en que fue entregado,
se reunió con sus discípulos; tomó el pan en sus manos,
alzó los ojos hacia Ti, Dios Padre bondadoso
y tras darte gracias, lo partió y repartió entre sus amigos diciendo:...

De la misma manera, tras la cena, tomó la copa...

A Él recordamos ahora,
que no retuvo para sí el esplendor de su ser divino;
que lo hizo todo para ser un hombre entre los hombres,
en figura de esclavo, en figura de pobre,
doblegado y caído en la tierra, hasta morir en la cruz.

Por eso Dios le ha levantado entre todos los seres vivientes,
para que todos cuantos invocan su nombre
le aclamen diciendo: Jesucristo es el Señor.

Padre bueno, envíanos tu Espíritu,
el Espíritu que nos llena de gracia y de gozo,
el Espíritu que nos da tu filiación,
asimilándonos a Jesús, nuestro hermano;
el Espíritu que nos une contigo, como pueblo fraterno de Jesús,
y es fuerza para transformar nuestros corazones.

Te pedimos por tu Iglesia en la tierra.
Ayúdala y condúcela por tus sendas.
Haz que encuentre la unidad,
que busque y defienda la verdad

y propicie la paz.
Que sus pastores la sirvan, según el evangelio,
con sabiduría y valor.

Te pedimos por nuestra familia,
por nuestros amigos
y por los que nos hacen la existencia difícil;
por todos aquellos con quienes compartimos nuestra vocación cristiana, nuestros
trabajos y nuestro tiempo.
Que todos seamos uno, como Tú eres con tu Hijo en el Espíritu.

Por Él te honramos, Dios grande;
por Él te damos gracias, Padre bueno;
porque Él vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo
por toda la eternidad. Amén.